

## Navidades de cristal

En un mundo idílico:  
Los gritos de rabia no se volverían suspiros,  
De nuestros pensamientos no seríamos prisioneros,  
La justicia sería la única verdad,  
Y los cuentos de navidad, nuestra realidad.

Fue el día más caluroso del mundo, cuando nevó por última vez. Ese día, los pensamientos de decenas de años se quedaron como recuerdos de una era pasada.

El sol misántropo golpeaba sus brazos, las ciudades y los pueblos más nublosos convirtiéndolos en desiertos. Las casas lloraban lágrimas de humedad, y en sus balcones, pétalos de rosas navideñas bailaban el vals en el suelo. El viento soplaba suspiros de humo, cosquilleando los únicos seres vivos que se atrevían a salir a afrontar lo que parecía ser: una condena indeleble en sus pieles.

Hacía ya mucho tiempo que habían perdido la fe de tener una vida mejor. Lo único que les quedaba, a la mayoría, era la cárcel dorada que abrigaba sus pensamientos. Lola podía pasar horas encerrada entre las cuatro paredes de su imaginación, lejos de la realidad. Creaba mundos donde solo ella era la protagonista, protagonista de un mundo infinito, donde todo parecía maravilloso.

Escondarse entre sus personajes, le permitía tener un semblante de doble vida, en la cual se sentía bien, se sentía ella.

Se visualizaba, algunas veces, siendo niña y mirando calles y casas iluminadas por las luces de todos los colores y decoraciones extravagantes. Era tan realista que podía sentir el frío recorriéndole el cuerpo mientras caminaba mirando por todas partes con los ojos brillantes. Después, cerraba los ojos y otras imágenes le venían a la cabeza. Ella, sentada en un sillón delante de unos niños cantando unos números por la televisión o un abrazo de trajes y vestidos de lentejuelas. El mismo olor dulce acompañaba cada uno de sus sueños como el símbolo de un aroma de libertad y bienestar.

Sin embargo, lo mejor de todo, eran los sentimientos que le invadían. Su cuerpo, por un milisegundo, gritaba felicidad.

Cuando volvía a abrir los ojos, todos los demonios que se encontraban en su espíritu se despertaban de golpe y la rabia volvía a su corazón. Ese 25 de diciembre no escapaba a la costumbre. Lola se sentía furiosa. Furiosa de vivir en una realidad que no alcanzaba las expectativas de sus sueños.

Quería ver a gente sonriendo, nieve cayendo del cielo y simplemente la paz. No soportaba más la idea de tener que volver a vivir en un mundo, donde el calor de la atmósfera estaba tan constantemente presente que ni siquiera el frío nórdico de las almas podría destruirlo. Así que decidió cambiar su realidad.

Con toda la esperanza que le quedaba, y bajo un sol sofocante, empezó a recorrer las calles del mundo. Su piel pálida no tardó en recibir las garras de ira del tiempo coloreándole la piel, pero no le importaba. No tenía comida, ni luces de colores, ni canciones, pero esperaba recrear sus más bellos pensamientos. Comenzó a llamar a los timbres de las casas que se encontraban en su camino.

- «Estáis todos bienvenidos a la cena de la nueva Navidad»- les gritaba a las puertas que se quedaban cerradas.

Ni siquiera se dio cuenta de que no hablaba a nadie. Sus ojos estaban nublados por la euforia. Su fe había vuelto de golpe. Había recuperado, aunque sólo fuera por un momento, un sentimiento de esperanza. Nada podía estropear esta nueva presencia en su corazón, ni siquiera la hierba quemada

bajo sus pies o esa extraña sensación en su pecho. Por fin, estaba resurgiendo de sus cenizas. Por desgracia, esta felicidad efímera no fue suficiente para darle alas.

Caminó así durante horas, viviendo su vida y no imaginando otra.

Finalmente, llegó a casa al final de la tarde, cuando el viento se hacía más suave y las estrellas salían.

En ese momento, se dijo a sí misma que era el mejor momento para celebrar su reencuentro. Era un tiempo de redención. Ni los animales más vivos ni los corazones más oscuros podrían luchar contra la evidente armonía de la naturaleza. Y si la tierra se enfriaba, es porque los corazones se habían calentado.

Fue con esta paz interior que abrió la puerta. Se puso a mirar por todas partes, y se encontró cara a cara con cientos de personas, bebiendo, gritando, cantando. Cada vez que ponía los ojos en alguna parte, veía brillo y alegría, y terminó abriéndolos. Todas esas sensaciones desaparecieron. Se quedó otra vez sola con su pena. Lo había conseguido, había cambiado su realidad, pero por otra mentira. Por desgracia, llamar a todas las puertas de su alma no bastaba para hacer renacer los escombros del pasado.

Y entonces, se puso a gritar. Fue un grito muy largo, un grito de agonía absoluta. “He matado la Navidad” pensó en voz baja. Sin embargo, no era cierto, había matado a la humanidad en general. Ella solo era la representación de lo que quedaba: la nada. Ese día era la primera vez que su corazón agrietado quiso admitirlo.

Durante años bailó, cantó, vivió, sin importarle lo que les ocurría a los demás. Vivía su vida de cuento de hada y eso era lo único que le importaba. Las navidades eran el vendaje de las heridas. Durante un lapso, solo importaba lo que uno mismo sentía y ni los gritos del mundo eran suficientes para quitarles la venda de los ojos.

Y ahora que no había escuchado los avisos del mundo, sus espaldas, por donde corría un cabello negro, llevaban sus cenizas. Todos los recuerdos de las vidas pasadas le volvían como golpes envueltos en pesadillas.

Lola no podía parar de llorar, recordando todo lo que había perdido. Le aterrorizaba la idea de que nada volvería a ser como antes. Sin embargo, estaba segura de que volvería a cometer los mismos errores. Lo sentía en el fondo de su corazón, porque cuando la ilusión se vuelve más grande, los gritos de rabia se vuelven suspiros.

En el mismo momento en el que pensó esto, lágrimas de cristal cayeron del cielo. Lola levantó la cabeza, y respiró lo que parecía ser, una tregua entre sus demonios y ella. Lo había conseguido. Esta idea la hizo sonreír por primera vez en mucho tiempo, marcando el comienzo de una nueva era.

Esa Navidad nevió por última vez, dando al mundo una apariencia sedienta, porque los errores no se arreglan con agua salada, pero sí las almas sanan con la verdad. Así que, a partir de ese día, el frío nunca más se apoderó de los corazones.

Malena Pellizari Pereira